



FILOSOFIA
DE LA
ELOQUENCIA





PN4061
C3
c.1



1080026195

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

350

2/3

2

HE

FILOSOFIA

DE LA

ELOQUENCIA.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MAYO 4/93 MICROFILMADO 0289

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MICROFILMADO

FILOSOFIA
DE LA
ELOQUENCIA.

Scribendi recte sapere est et principium et fons.
Horat. Art. poet.

POR D. ANTONIO DE CAPMANY Y DE MONTPALAU.

*Secretario Perpetuo de la R. Academia Matritense de la Historia,
y su Individuo del Número, y miembro de las de Bellas Letras
de Sevilla y Barcelona.*



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Vazquez y Teiler

LONDRES.

Publicado por Longman, Hurst, Rees, Orme y Brown, Paternoster Row.

1812.

PV4061
C3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

132830

PRÓLOGO.

VÁRIAS han sido las opiniones acerca de las partes en que dividieron los Retóricos la eloquencia; pero la filosofía, que no es otra cosa que la razón, las reduce á dos solamente, *elocucion*, y *pronunciacion*. En estas calidades se funda esencialmente el arte de hablar bien, en el qual no se comprehenden la *invencion* y la *disposicion*, por que la primera es la traza del argumento, y el argumento, como quiera que sea, pertenece á la *Dialectica*, sino nos queremos desentender de la doctrina que nos dexaron Aristoteles, Platon, y Marco Tulio. El fin de la eloquencia es adornar la oracion con las galas y luces del estilo, y el de la *Dialectica* formar discursos y racionios.

a 2

009990

Esta obra, pues, que abraza solo la elocucion, no se destina á forma un orador en el púlpito, en el foro, ni en el senado, instruyendole en las demás partes y requisitos peculiares á sus respectivas funciones, porque no exâmina, ni propone, si no las del estilo, considerado baxo de todas las formas retóricas. No enseñará á componer un Discurso, harenga, ó razonamiento entero y perfecto en la invencion de sus tópicos, y disposicion de sus partes con respecto á los tres diferentes géneros de que tratan todos los preceptistas clásicos antiguos y modernos. Pero familiarizará al lector con los escogidos exemplos que encierra; y guiandole con la luz de las observaciones, doctrinas, y juicios que se le presentan al fin de todos los dechados, de todos los géneros de estilos, se le facilitará el conocimiento de lo que tal vez ignoraba, ó el desengaño de lo que erradamente habia aprendido en la clase.

Y por esto mismo, aunque todos los hombres no tienen precision de ser oradores, ni escritores públicos, ó carecen de aptitud ó disposicion para estos oficios; sin embargo tendrán muchos de ellos, en diferentes situaciones de la fortuna y destinos de la vida civil, ocasiones de acreditar

con el imperio de la palabra su mérito, su puesto, su estado, su poder, ó su talento. Asi, pues, no creo que, ni al que se dedica á persuadir á los otros, ni al que le conviene quedar persuadido, dexede aprovecharles la lectura de este tratado, donde hallarán á la mano los instrumentos con que los hombres eloqüentes obraron este prodigio. Exemplos insignes les ofrecerá la historia en los trozos selectos y variados, recogidos en esta obra, y esparcidos en sus propios lugares. En unos oirá la voz del profeta que amenaza, ó del predicador que edifica: en otros la del vencedor que aterra imperando, y del esclavo que enseña sufriendo: en otros la del magistrado que defiende las leyes, y la del caudillo que alienta sus tropas; y en otros la del héroe, admirandonos con su fortaleza, la del sábio predicando la verdad, y la del siervo de Dios acusando nuestra tibieza.

La pronunciacion con la accion es la segunda parte de la eloqüencia, ó lo que llama Ciceron *eloquentia corporis*. Estas dos calidades son tan esenciales al orador, y á todas las personas que han de hablar en público, que solo ellas dan vida y voz á la eloqüencia, la qual, conservada en la

memoria, ó en el papel, es cuerpo sin brazos y sin lengua. Este tratado faltaba en la primera edicion de esta obra, y se ha añadido á la presente.

Declarado yá el obgeto de esta obra, resta ahora dar razon de su título, baxo del qual se introduce la eloqüencia como casada con la filosofia. El alma debe considerar en lo que la deleyta, ó sorprehende la razon y causa de lo que siente: y entonces los progresos de este exâmen acrisolan y perfeccionan lo que llamamos *gusto*. Hasta aqui la eloqüencia se habia tratado, entre nosotros, como un mero arte, fundado mas en preceptos que en principios, mas en definiciones que en exemplos, y mas en especulacion que en el movimiento de los afectos. Por este método los muchachos no han tenido sino Cartillas clásicas para enriquecer su memoria, y ninguna luz para guiar despues su talento quando, en edad mas adelantada, hayan de presentar al público, de palabra, ó por escrito el fruto de sus estudios. A este fin es de suma necesidad una retórica filosófica, es decir, en la qual se diese la razon de sus doctrinas, se exâminasen con gusto crítico los exemplos, se comparase el espíritu de

los conceptos con la fuerza de la expresion, se desmenuzase la estructura de las frases, y se desentrañase la relacion entre nuestros afectos y su propio language, mostrando el origen de las virtudes del estilo, y de sus vicios tambien. Esta es la que nos falta para dar pasto al entendimiento y al corazon de los lectores, deseosos de aprovechar en el noble exercicio de la eloqüencia.

Llamo yo *filosofia de la eloqüencia* aquella sabiduria, aquella discrecion en producir con vigor, gracia y propiedad de palabras lo que se engendra en nuestro discurso. Perdóneseme á lo menos el pensamiento que concebí treinta y seis años hace, ya sea por su novedad, ya por mi noble intencion. Y habiendo yo puesto los ojos en el título antes de tomar la pluma, acaso no eché de ver que con lo mucho que en sí promete, me imponia una gran carga, que en realidad fué muy superior á las fuerzas y al caudal de mis juveniles años. Dichoso me llamaré mil veces, si en esta nueva edicion, nueva en todo menos en el título y en la forma, el ánimo me ayuda para salir menos desayrado que en la primera. Y si bien el público la recibió con

general aplauso, si hemos de contar por tal el despacho de tres impresiones; nunca pudo satisfacer mis deseos, ni aquietar mi genio mal contentadizo. A la primera empresa nadie me obligó, como tampoco á esta segunda; y por esto mismo seré menos digno de indulgencia si segunda vez no hubiere medido bien mis fuerzas con el peso del trabajo. Hé dicho que nadie me ha obligado, y no sé si hé dicho bien: mi decidida afición á este género de estudio, el amor indeleble que profeso á nuestra lengua, y el dolor de ver que de algun tiempo acá se venden, para instrucción de la juventud española, *Cursos de bellas letras, y Lecciones de retórica*, traducidos ya del francés, ya del inglés, en trage y gesto extranjero ¿no son estímulos bastantes para vengar la lengua, la eloquencia, y la Nación? Ya es tiempo deservir á la Patria con puro y ardiente zelo, que suple por el talento, y muchas veces hace hablar á los mudos.

Sirvan en este caso mis yerros, no para la disculpa, sino para el escarmiento de aquellos que sin vocación genial, sin estudios, ni preparación conveniente, y destituidos de todo dón natural ó adquirido, pretenden entrar de carrera en la

senda de la eloquencia. Hemos visto en efecto hombres, dotados de cierta facilidad en el decir y sutileza en el discurrir en conversaciones y en debates escolásticos, que han creído que ser razonador era lo mismo que ser eloquente: prenda es esta que alcanzan poquísimo. Y por ellos dice Marco Craso en el dialogo de los oradores: *Disertos vidimus multos, eloquentem omnino neminem.*

La Cátedra sagrada ha recobrado en España sus antiguos derechos: la persuasión evangélica, la caridad apostólica, la energía profética, y la dignidad oratoria. Esta dichosa revolución, cuya época apenas llega á quarenta años, mas se debe á los excelentes modelos que siempre designan y enseñan, que á las amargas sátiras, que irritan el corazón de los agraviados sin ilustrar su entendimiento. Mas tambien de aqui ha provenido un mal. Como los buenos modelos que se les han venido á las manos á los que se dedican al púlpito, al foro, y á otros oficios de la eloquencia, sean de autores franceses, les han comunicado el buen estilo, envuelto en la frase de la lengua original, texiendo y cortando las cláusulas al uso de aquellos escritores: de suerte

que lo que hêmos ganado en la oratoria, lo hemos perdido en la pureza, propiedad, soltura, y gala de nuestra lengua, tomando el estilo, formas y semblantes que no asientan á la locucion castiza castellana. Por otra parte, la facilidad de tener á la vista cortadas ya y cosidas piezas y discursos para todos los asuntos, bien sagrados, bien profanos; ha fomentado grandemente la pereza de nuestros oradores, quienes copiando las ideas, y con ellas la diction, han venido á convertirse en meros traductores ó imitadores de los conceptos y expresion agena: comprado todo en las librerías, como se compran vestidos hechos en las tiendas de los roperos.

Este auxilio es muy cómodo á los espíritus perezosos, y á los talentos cortos ó superficiales, que pueden lucir con poco trabaxo. Los dechados son para norma de los jovenes que se dedican al ministerio de la palabra; pero debè ser su principal cuidado probar las fuerzas de su entendimiento á solas, habituandose á continuos exercicios. Entonces conocerán que el talento oratorio se ha de sacar de propio caudal, no de la servil imitacion, porque sin ingenio no se inventa,

sin imaginacion no se pinta, sin afectos no se conmueve, sin gusto no se deleyta, ni se enseña sin sabiduria.

Pero, quando considero la eloquencia baxo de otro respeto, estoy persuadido de que su estudio, y mucho menos su exercicio no es propio de los muchachos, por que debiendose suponer para su práctica un rico tesoro de pensamientos, el conocimiento del hombre moral, vastas y escogidas lecturas, una razon exercitada, y diestro manejo de su lengua, requisitos de que carece y es incapáz su corta edad; no puedo juzgar por racional el método, hasta aqui generalmente seguido, de anticipar el estudio de la retórica al de la filosofia. A este inconveniente habian añadido los profesores otro mayor enseñando el arte en lengua latina, y en esta misma la composicion: y tal vez es ésta otra de las causas del poco fruto de sus instituciones. Por otra parte ¿qué atractivo puede tener para la puericia el estudio de la eloquencia en una lengua muerta, que no entienden, ó entienden trabaxosamente? Y quando todas las circunstancias difíciles de reunir concurriesen para formar un latinista eloquente ¿lo sería éste igualmente en

su lengua materna? Ordinariamente los que blasonan de excelentes latinos, suelen ser frios, oscuros, é insípidos quando han de escribir en romance. El método mas util y mas prudente seria, á mi parecer, que los jóvenes retóricos exercitasen su talento en composiciones castellanas, cultivando y probando la harmonia, gravedad, y riqueza de esta nobilissima lengua saboreandose con ella.

Pero tampoco pretendo que, sin grande preparacion, se presente de improviso la bisoñería de los retóricos á lucir su eloquencia, recién cogida de la clase, con demasiada confianza. De ninguna manera puede ser bueno, dice Plutarco, lo que se dice ó hace acelerada y desatinadamente, y segun el proverbio: *Lo bueno es lo difícil*. Las razones no pensadas, por la mayor parte ván llenas de vanidad, liviandad, y descuido, pues no se puede ver donde comienzan ni donde acaban.

No digo esto, continua Plutarco, por que quiera reprobar la prontitud y presteza en el hablar y razonar, ni para que se exerciten menos en ello los que puedan hacerlo buenamente; sino que, hasta que venga á tener edad de hombre,

no tengo por bueno que el muchacho hable ni haga razonamientos, ni oracion de repente: más, quando ya hubiere fundado las rayces la eloquencia, entonces, quando el tiempo y la oportunidad lo requieren, muy bien es usar libremente de las razones. Asi pues los que dexan á los muchachos hacer oraciones ó razonamientos de improviso y sin pensarlo, dánles causa de cobrar un hábito de hablar mucho y hablar vanidades. Cuentan de un pintor muy ruin y vano que, mostrando á Apeles una imagen que habia pintado, le dixo: *esto lo hice de repente*; y el otro le respondió: *bien lo conozco aunque no lo digas*.

Longino no se contentó como Aristoteles y Hermógenes, con darnos preceptos enteramente secos y desnudos de ornato: no quiso caer en el defecto que reprehende á Cecilio, quien habia escrito del estilo sublime en estilo baxo. Pero Longino, tratando de las perfecciones de la elocucion, supo usar de todos los primores de ella: frecuentemente comete la figura que enseña; y quando habla del sublime, el mismo es sublime. Sin embargo, lo hace tan á propósito, que no se le podria tachar en ningun pasage de

que se salga del estilo didáctico: y esto es lo que le ha dado aquella alta reputacion entre los sábios.

Lexos de mi toda vanidad de haber alcanzado esta gracia y perfeccion en la manera de tratar la materia; pero quédeme la satisfaccion á lo menos de haber tenido el mismo pensamiento, ya que no el mismo acierto. Los lectores serán mis jueces, y dirán si he sabido desviarme de la senda comun de los preceptistas que explican en el mismo estilo lo humilde que lo elevado, lo templado que lo vehemente, lo frio que lo patético: que dán reglas para expresar con calor lo que no sienten, para mover los afectos que no conocen, para exáltar la imaginacion de que carecen, para formar el estilo cuyas propiedades ignoran, viniendo á dar por fin, en lo mismo que escriben, exemplo contrario de lo que presumen enseñar.

Si no satisfaciese á todos mi forma de tratar esta amena y rica materia; satisfágales mi noble empeño, y mi mas noble intento, de hacer lucir y campear la lengua pátria, tan mal tratada de algunos años acá por los mismos que la mamaron mas pura á los pechos de sus madres. Lo que desmereciere mi pluma, lo vengarán los

venerables escritores nuestros, cuyos exemplos he escogido para modelos de las reglas inmutables del bien decir; sin necesidad de mendigar de autores extranjeros, ni los pensamientos, ni el modo de expresarlos.

Siendo los exemplos que aqui presento de autores españoles del tiempo en que no estaba la nacion contaminada con lecturas ni traducciones francesas, se aprenderá no solo la eloqüencia, sino tambien la buena frase castellana, y la índole de la lengua, que, por desgracia nuestra, iba tomando la dureza y desnudéz de la francesa con las obras traducidas, donde todo lo que se podia ganar de parte de las ideas y de las formas oratorias, se ha perdido de parte de la elocucion, que conserva siempre algun vicio de la mano del primer artífice.

Con estos exemplos de escritores domésticos nos familiarizaremos nosotros, y los extranjeros aficionados á la lengua española, con los donosos, delicados, y castizos modos de decir, inseparables de la substancia de los pensamientos, y de la estructura retórica de la oracion. En las formas de lo mas vehemente, elegante, ó enérgico de la elocucion, siempre saca la cara la sim-

taxís, y la índole de la lengua en que se escribe. De este achaque adolecen las traducciones por esmeradas que sean. No basta saber imitar el talle del cuerpo, si el corte del vestido no dice con la figura. ¿ Y qué diremos del estambre de la tela, que es la propiedad de las palabras? Esta tambien se vá perdiendo, y solo la lectura de nuestros autores antiguos puede reparar tanto daño. Nuestra preciosa lengua debia haber sido analizada en sus vocablos, y en los varios ligados que se forman con ellos, por un músico filosofo, ó por un filosofo músico. Pero, por desgracia, ni el oido ni el criterio se han empleado hasta ahora para conocerla, ni darla á conocer á los que la ignoran, ni para hacerla gustar á los que la saben, que no son todos los que la hablan. Con tan bien compuesto instrumento puede un escritor atinado y remirado hacer hablar á las Musas y á las Furias, á los Lacónios y á los Asiáticos, á Cesar y á Ciceron, á Platon y á Licurgo, á Zenon y á Epicúro. Con la misma lengua y las mismas palabras que usa el palurdo, hablan el sábio y el orador; pero estos se distinguen en lo que quitan ó añaden, y en los vocablos que casan, digamoslo asi, ó descasan. Y esto

no se puede hacer siempre en todas las lenguas vulgares fuera de la española, principalmente en aquellas que tienen una especie de moldes ó patrones para las frases, y como unos carriles señalados por donde rueden las oraciones.

No por esto pretendo que todos los exemplos que propongo de nuestros autores con aplicacion á esta ó á la otra figura, sentencia, ú oracion, aunque bien acabados en quanto á la estructura ó forma general de tales, dexen de padecer algunos defectos parciales, ya de diction, ya de gramática, ya de vejéz, unas veces por negligencia, otras por desaliño. Y asi no se deben imitar tan religiosamente por solo respeto á su memoria, que se quiera autorizar hasta sus yerros, ó descuidos, y hasta las dicciones hoy desusadas, ó las que nuestra delicadeza ó capricho, ó la mudanza de costumbres desecha como plebeyas, ó mal sonantes. A la verdad, ni todo merece alabanza, ni todo admiracion: porque el que quisiera imitarles hasta en los yerros, sugutando su juicio, como siervo, á la autoridad y celebridad de aquellos nombres, sería semejante á los que, no pudiendo pintar lo bueno, procuran copiar lo malo, como los discípulos de Platon, que